NO PRONUNCIARÁS DE MARGO GLANTZ:
LOS NOMBRES COMO SEÑAS DE LA IMAGINACION CULTURAL

POR

NAOMI LINDSTROM
University of Texas, Austin

No pronunciarás (1980) de Margo Glantz es un texto compuesto de diversos fragmentos, capaz de funcionar como un caleidoscopio que produce imágenes en combinación arbitraria o como un tratado a elaborarse sobre el nombramiento¹. Incluye citas, leyendas y signos de origen diverso: impresiones digitales, firmas, reproducciones facsimilares auténticas y fingidas. Además de las citas de otros autores, hay fragmentos que pueden describirse como Glantz citando a Glantz: narrativas disparatadas que reviven la tradición *nonsense* tanto como el barroco tal como se dio en América, y cuya relación con el libro es tan difícil de establecer como la de las citas ajenas. El eje en torno al cual giran estos constituyentes es el fenómeno del nombramiento, y cada elemento debe poseer la capacidad de iluminar algún aspecto del tema. Pero como los comentarios directos de Glantz son muy contados, al lector le toca trazar los nexos entre los *items* del texto.

El texto no obliga a una lectura detenida, a la tarea de articular los fragmentos que ofrece. Su formato tiene mucho de caprichoso y lúdico. El lector lo puede percibir como una forma de diversión intelectualmente superior, hojeando sus páginas para apreciar la ingeniosidad del *collage* y topar, al azar, con los fragmentos que más resonancias despiertan.

Por otra parte, y aunque el texto no lo exige, es posible invertir en el libro un esfuerzo más sostenido de construcción y comprensión. La tarea sería ver cómo los fragmentos pertenecen a la totalidad del libro y se asocian entre sí, cuáles son los aspectos del nombramiento que se han considerado, y cuáles son las conclusiones y juicios que genera *No pronunciarás*. Al comenzar tal lectura, se hace patente el hecho de que el libro no es simplemente una miscelánea caprichosa. Glantz presenta, de manera oblicua, algunos argumentos acerca del lenguaje como

---

¹ Margo Glantz, *No pronunciarás* (México: Premia, 1980). Todas las citas de este texto llevarán la paginación correspondiente a esta edición.

índice del vigor cultural. Aboga por el reconocimiento de la legitimidad de lo popular, lo heterogéneo, y lo que expresa una comunidad.

La cultura literaria actual ya tiene acostumbrado al público lector al texto que le llega en fragmentos, en forma de rompecabezas o de modelo para ser armado. No es necesario insistir en lo disperso del formato que ha elegido Glantz. Sin embargo, para formar una noción del procedimiento empleado, es útil considerar el ideal que propuso Walter Benjamin para el tratado futuro. Conviene recordar que Benjamin tuvo la idea de elaborar una tesis compuesta únicamente de citas, cuya yuxtaposición y disposición sobre la página estimularían nuevas asociaciones mentales².

Aunque Glantz no se limita a las citas, su método se acerca al formato que ideó Benjamin. La responsabilidad del autor no es primordialmente la de llevar al lector por una secuencia de argumentos para después afirmar las conclusiones más indicadas. Las conclusiones las debe formular el lector, guiándose por los *items* que se han dispuesto de manera que sus oposiciones, ecos y paralelismos inciten a la reflexión y la canalicen.

Los siguientes comentarios sobre *No pronunciarás* son los resultados de una lectura llevada a cabo según la noción arriba delineada. Para presentar esta lectura, se aislarán ciertas ideas que enfoca Glantz, y se identificarán las proposiciones que apoya *No pronunciarás*.

Es posible ubicar el terreno que ocupa *No pronunciarás* en el vasto campo que es el estudio del nombramiento. Como primera consideración, hay que apuntar que, mientras algunos de los ejemplos de Glantz se basan en el buen sentido (p.ej. la inconveniencia de llevar un nombre excesivamente imponente), otros testimonian la imaginación irracional (los nombres como conjuro, augurio, adivinación). Esta división entre lo "sensato" y lo "delirante" se puede especificar dividiendo los ejemplos del libro según dos concepciones de la fuerza que ejercen los nombres. Una es la fuerza que el nombre deriva de sus asociaciones culturales, de su referencia a las expectativas convencionales que han internalizado los receptores. La otra la constituyen los poderes que se atribuyen al nombre como cualidades inherentes. La segunda variante del tema refleja un síndrome común en el pensamiento mágico. Como ha mostrado Bram Vickers, un indicio básico del pensamiento mágico es la suposición de que las palabras son entidades en sí y poseen sus propias fuerzas y virtudes. Vickers apunta que la magia empieza a ceder

---

² Según Hannah Arendt, Walter Benjamin no sólo ideó el plan de una tesis que se compusiera de citas en yuxtaposición, sino que llegó a proponerlo como proyecto de su tesis de doctoramiento. Véase su prólogo a Benjamin, *Illuminations*, traducción de Harry Zohn (New York: Harcourt, Brace and World, 1968), p. 38.

al racionalismo cuando se empieza a percibir a las palabras como signos cuya importancia está en su capacidad de referir y aludir³.

Al contrastar *No pronunciarás* con los estudios de filosofía analítica sobre el problema de los nombres, uno puede ubicar el terreno especial que explora Glantz. El filósofo tiene la carga de considerar todo tipo de designación en su esfuerzo por formular una cuenta adecuada del fenómeno lingüístico de la referencia. Hay que estudiar áreas de escaso interés humanístico, como la terminología mecánica, e incluir el lenguaje artificial⁴. Glantz excluye cualquier caso de nombramiento careciente de un vínculo con la experiencia que vive una comunidad. Los nombres de personas dominan entre sus ejemplos, y los nombres de lugares habitados constituyen un tema secundario. Pocas veces se comentan los nombres comunes. Pero su mención es significativa porque son, en cada caso, los nombres que los seres humanos utilizan para las plantas y animales. La elaboración de taxonomías y nomenclaturas para la flora y fauna es, por supuesto, un signo de la civilización, y como tal acumula capas de mito y leyenda. Por figurar el nombramiento de los seres como acto arquetípico de la designación cultural, vale considerar primero este sub-tema.

El libro recuenta el nombramiento de las bestias que hizo Adán para después dominarlas. En esta narrativa (folklórica, no canónica), el arcángel Samael busca triunfar sobre Adán llamando a los animales por los nombres correspondientes. En una prueba que preside Dios, Samael no puede nombrar a las bestias, pero Adán lo hace con las palabras que le proporciona la divinidad. Dios afirma la autoridad que este nombramiento ha consolidado para Adán al proclamar al indignado Samael que ahora su rival gozará del derecho a nombrar todos sus descendientes (p. 65).

---

³ Bram Vickers, prólogo a su compilación *Occult and Scientific Mentalities in the Renaissance* (New York: Cambridge, 1984), pp. 14-24.

⁴ Algunas muestras recientes del estudio del nombramiento a través de la filosofía analítica son: Leonard Linsky, comp., *Names and Descriptions* (Chicago: University of Chicago, 1977), Stephen Schwartz, comp., *Meaning, Necessity, and Natural Kinds* (Ithaca: Cornell, 1977), y Holger Steen Sorensen, *The Meaning of Proper Names, with a Definiens Formula for Proper Names in Modern English* (Copenhagen: GEC Gad, 1963). Es de interés que antes de la sistematización de la filosofía actual, una filosofía más meditativa y humanista estudiaba los nombres con un enfoque a veces parecido al de Glantz, es decir, concentrándose en los nombres como reflejo de la vivencia de la comunidad. Ver, p. ej., Salverte Eusèbe, *Essai historique et philosophique sur les noms d'hommes, de peuples et de lieux, considérés principalement dans leurs rapports avec la civilisation* (Paris: Bosange père, 1824).

Esta narrativa antigua encierra uno de los principios rectores de *No pronunciarás*: el nombramiento permite a una cultura apoderarse de la realidad circundante. Las contrapartidas modernas de la leyenda son la relación de un descubrimiento epifánico de la nomenclatura binominal (pp. 87-88) y la súbita comprensión de que ciertas palabras son nombres que se han dado a los árboles (p. 54). Cada caso enfoca la tarea de cultura: clasificar las formas biológicas y darles nombres aceptables.

Otro concepto que anima el libro es el inmenso poder que llevan los nombres para suscitar determinadas reacciones. Glantz señala esta característica de los nombres cuando, por ejemplo, se burla de la asociación automática entre el nombre de Sebastián y la conocida imagen del Santo: "Sebastián atraviesa su nombre" (p. 22). En el segmento "Un nombre para un martirio" (p. 45), el cadáver de una mujer piadosa es violado y mutilado, debido a su nombre provocador de resentimientos y envidias: "Sólo el nombre cuenta", reza la moraleja.

En otros casos, las asociaciones que suscitan el nombre de un personaje son lo que confiere un elemento de humor conceptual, una anécdota banal o trivial. Un ejemplo es la relación de, en términos modernos, una ninfómana que encuentra una base filosófica para su promiscuidad en la antigüedad clásica. La anécdota cobra dignidad al aparecer bajo el titular "su nombre fue el de Silvia" (p. 47). Este nombre, extraído del repertorio de convenciones de la poesía pastoril, sugiere la transformación de la ninfómana en una ninfa clásica.

Uno de los procedimientos de Glantz es esencialmente igual al ejercicio pedagógico que consiste en obligar al estudiante a redactar una oración que contenga determinado vocablo. Tanto en el ejercicio de vocabulario como en la forma epigramática que Glantz utiliza, la oración que contextualiza la palabra en cuestión debe dar evidencia de una acertada comprensión de su significado. Como Glantz trabaja con nombres altamente cargados de connotaciones culturales, su oración ejemplar debe manifestar no sólo el contexto en que el nombre es apropiado, sino también las implicaciones, resonancias y sugerencias que conlleva. Un ejemplo del formato "ejercicio de vocabulario" es el siguiente:

EL TOCADOR DE CLEOPATRA

CLEOPATRA PEINA SUS CABELLOS CON EL PEINE DE ORO DE LA LASCIVIA
(p. 45).

La fuerza asociativa de los nombres es explotada en "Magdalena y Antonio" (p. 52). Antonio, ermitaño, adora una imagen de Cristo con la Magdalena y entra en fantasías carnales. La carga de connotaciones que traen los nombres de Antonio y Magdalena los hace dos signos taquigráficos. Con decir Antonio, se da la imagen

del piadoso plagado de lujuria. Magdalena, venerada por su devoción a Cristo, no deja de ser la antigua prostituta. Estas características pre-asignadas permiten que en muy pocas palabras se narre lo que sucede entre Antonio y Magdalena. El segmento se dedica casi en su totalidad al gozo de evocar, por vía de la escritura, las extensiones más "barrocas" del erotismo.

Glantz rinde homenaje a la complejidad de los conocimientos que se codifican en el sistema del nombramiento. Un ejemplo lo ofrece la historia de Tito Livio, cuyo nombre se fabrica en un intento de disfrazar su condición de hijo adulterino. Los que escuchan el nombre perciben su falsedad, porque su fingida sencillez no cabe con la simetría aristocrática de sus vocales. El artificio, prontamente detectado por la sofisticación lingüística de los miembros de su cultura, "desdibujaba su contorno niño" (p. 58).

Al llegar al tema del nombramiento mágico, *No pronunciarás* emite dos juicios. Hay números recordatorios de que ningún nombre puede obligar al universo a tratar con benevolencia o dureza al individuo aludido. Pero, mientras rechaza esta creencia por irracional, la celebra por su manifestación de la imaginación humana. En segmentos algo frívolos, Glantz se deleita con esta forma de pensamiento en que los nombres alteran las leyes que rigen el cosmos: "Si la marquesa de Alba no se hubiese llamado Cayetana no hubiese tenido los senos separados ni los pies pequeños y calzados con satén de seda, privando al mundo de una de sus mejores pinturas al desnudo o al vestido" (p. 23).

Se admite que el nombre mágico es tan fascinante como ineficaz. Un fragmento refiere los infortunios de la heroína "a pesar de que sus padres le habían puesto Gotmunda para inmunizarla contra los golpes de la vida" (p. 62). Una evocación del encanto misterioso de los seudónimos termina con un recordatorio sombrío de sus limitaciones: "Desnos usó el nombre de Valentin Guillois cuando formó parte de la Resistencia francesa contra los nazis; nombre que no le sirvió de antídoto para la muerte" (p. 73).

Dentro de esta misma veta son las leyendas recontadas que atribuyen a los nombres la capacidad de obrar milagros y desastres. "De nombres iracundos" (pp. 34-35) encuentra el origen de los huracanes en una matrona que provoca a los vientos gritando un nombre agresivo. El mito en sí es impresionante, pero el narrador se burla de la idea de que tal acontecimiento podría considerarse "el origen de todos los tornados y huracanes ... de la última tromba romana que asoló Massachusetts".

Mágica también es la creencia de que los nombres pueden llenar de significado a lo arbitrario. Este síndrome aflige al narrador de "Los gemelos ejemplares", un relato que sin esta obsesión onomástica sería una sarta de anécdotas sobre las vidas de dos excéntricos ingleses. En su empeño por extraer un mensaje de los hechos

dispersos, el narrador descarta la posibilidad de que elementos arbitrarios y convencionales entren en la elección de nombres. Por ejemplo, interpreta laboriosamente la decisión de utilizar uno o dos nombres para un niño: "Uno recibió un nombre doble pleonástico, alatinado: Edward Julius, creador de pájaros y tigres perfectos, de búfalos y hormigas. El otro se llamó simplemente Mauricio ... (p. 97).

A lo largo de la biografía el narrador proclama matices de significación en todo nombre: "el nombre ilustre de Rudyard Kipling", "un pequeño pueblo de misterioso y sonoro nombre, Montgomeryshire".

Los sucesos que amenazan carecer de significado o de interés los rescata el narrador transformándolos en actos de nombramiento. Uno de los gemelos entre sus diversas actividades sin relación entre sí, pinta la imagen de un pitón; el narrador descubre que con este acto está "rebautizando con dibujos el ya pronunciado *Libro de la selva*". Muerto el ocasional pintor, su gemelo se retira a su casona familiar y hojea los libros de la biblioteca. El narrador cambia la vida plácida de las viejas familias por el drama de los nombres: "Edward Julius queda apenas con su doble nombre y con los nombres sagrados de algunos viejos libros que se abren para él, transformando sus letras en bellos dibujos fantásticos".

A medida que se desarrolla esta historia sin ton ni son, el enfoque se desplaza cada vez más desde los gemelos hacia el narrador y su deseo humano de hallar significados. Esta sed descifradora lo ha impulsado a encontrar un valor informativo en fenómenos que son el resultado mudo de las convenciones o de los caprichos de la preferencia personal. Como corresponde, su obsesión onomástica va acompañada de otra astrológica. Glantz apunta en varias ocasiones que la creencia excesiva en los nombres y su capacidad de generar significados es una manifestación del impulso que anima el ocultismo: "Consulte su onomástico si quiere saber su horóscopo" (P. 54).

De todas las formas que asume el concepto mágico, la más compleja es la aludida en el título del texto. El nombramiento de Dios como entidad anómala se ha erigido como problema teológico⁵. Glantz pasa por encima de la teología de la apelación de Dios para concentrarse en creencias y tabúes que han surgido en torno al caso; nociones absurdas, pero que testimonian un vigor imaginativo⁶. En esta

⁵ Mortimer J. Adler resume los argumentos teológicos sobre el *status* lógico del nombre de Dios en su "The Uniqueness of the Word 'God'", en su *How to Think About God* (New York: MacMillan, 1980), pp. 49-59.

⁶ Al controvertido libro de Edward W. Said, *Orientalism* (New York: Vintage, 1979), se debe atribuir la preocupación actual con el término y el concepto. Said se interesa primordialmente por la conducta interesada de los especialistas que investigan el Medio Oriente desde la perspectiva de los países capitalistas, aunque también examina las actitudes hacia la región que permean la cultura occidental. Glantz enfoca las percepciones, no tanto de los que estudian el Medio Oriente, sino de los que lo imaginan.

corriente celebratoria, pero también paródica, se sitúa el fragmento que abre el libro. Este texto viene impreso en una forma pseudo-fascímile. Finge ser la reproducción de la escritura de algún clérigo-escribano. La caligrafía no presenta ningún estorbo para un lector moderno, característica que patentiza la falsedad del documento.

Obra supuestamente católica y devota, el texto muy pronto se revela como depósito de ideas que la Iglesia clasificaría de herejes y el sentido común de delirantes. El autor, un tal Juan López Evangelista, se impone el ejercicio espiritual de enfocar el Nombre sagrado, pero su imaginación desbordante y conocimientos ocultistas dispersan su pensamiento y dan a su discurso una heterogeneidad irreducible. El texto se desplaza de la "Oratio cristiana" que anuncia el título hacia la cabalística. Elabora la noción, arraigada en la mística judía, del Nombre que sustenta la creación. La pronunciación del Nombre, normalmente imposible, acarrea cataclismos o genera cosmos.

A lo largo de *No pronunciarás*, abundan las manifestaciones de una preocupación por las actitudes hacia el Medio Oriente, vistas desde afuera. Sobre todo, interesa el exotismo que se resume bajo el término *orientalismo* y que anima, p.ej., el *Salammbô* de Flaubert. Durante los últimos años, se han señalado los efectos negativos de tal visión, que permite al no-oriental admirar la región atribuyéndole inéditas prácticas sensuales, intrigas palaciegas y un ambiente miliunanochesco. Edward Said, entre otros, ha apuntado las distorsiones que trae como consecuencia esta noción.

El interés de Glantz es otro. Celebra el estímulo que ha sido el orientalismo para la imaginación cultural. En varios segmentos se deleita con el sabor "bizantino" de los nombres que llegan del Medio Oriente. Al descartar cualquier inhibición contra el regodeo en el orientalismo, evoca la fascinación de lo culturalmente ajeno. Un ejemplo típico lo constituye el fragmento "La reina pagana", cuya fuerza imaginativa se apoya en los nombres exóticos: "Aún en la gloria de su edad, Semíramis se precipita, vestida de guerrero, desde lo alto de los jardines colgantes de Babilonia, contruidos para sobrepasar a Nínive en altura y confusión (p. 46). "Las reinas orientales" (p. 55) rinde homenaje a la visión orientalista que logró comunicar Flaubert y continúa la tradición: "Ishtar pasea de azul cobalto ...."

En *No pronunciarás*, el misterio del Medio Oriente incluye no sólo las sociedades islámicas, sino también ciertos aspectos del cristianismo y del judaísmo. Merecen un tratamiento orientalista los ascéticos del desierto que, exponiéndose a la soledad, desarrollaron el pensamiento patrístico. De la tradición judaica de la región, elige los episodios que nunca tuvieron su *status* confirmado por la inclusión en las Escrituras, sino que quedan bajo la categoría de folklore o

leyenda. *No pronunciárs* hace caso omiso de la historia de Adán tal como aparece en el Génesis canónico, pero incluye dos variantes de transmisión oral: la de Lilith, primera esposa de Adán, que ni Adán ni Dios supieron someter (p. 36), y la de Samael, rival de Adán en el nombramiento de las bestias (pp. 64-65).

Además de llamar la atención sobre estas variantes, más exóticas que las versiones canónicas, Glantz sugiere algunas enmiendas a las Escrituras para darles un mayor grado de lirismo oriental. Al considerar la narrativa de las ciudades de la llanura, aprecia las resonancias de los nombres, pero ve la posibilidad de aumentarlas aún más: "Sodoma y Gomorra se parecen, aunque hubiese sido mejor acercarlas a Citera, ciudad donde moran los fantasmas, las hieródulas, y los poetas" (p. 72)

En vez de desexotizar el Oriente, Glantz exagera el sentido de lo ajeno que se puede experimentar dentro de la historia cultural supuestamente "nuestra". "Llamarse Vetus" (p. 42) es un caso de la desfamiliarización de la antigüedad clásica. Lo que se destaca en "Llamarse Vetus" es la distancia entre la antigüedad y la comprensión actual. El suicidio de Vetus, socialmente decretado a través de un intrincado sistema de convenciones, ocasiona los suicidios de su suegra e hija. El narrador subraya la enorme dificultad de entender los sucesos, no sólo por datos faltantes en la narrativa, sino por la desaparición de información cultural.

Este segmento, con sus acontecimientos poco comprensibles, demuestra que el intento de arraigar cualquier sociedad actual en la antigüedad greco-romana es una versión tendenciosa de la historia cultural. El episodio de Vetus, supuestamente "nuestro" pasado, es tan ajeno como si tuviera lugar en una tradición denominada "otra". El procedimiento es parecido al de la filmación de *Fellini-Satyricon*. Al adaptar la protonovela de Petronio, Federico Fellini se desvía de la tradición cinemática de presentar la antigüedad bajo un aspecto familiar para afirmar, exacerbando lo irreconocible, que un "occidental" de hoy ya no entra en el sistema clásico.

El hecho de "Llamarse Vetus" el héroe recalca la desfamiliarización de la época antigua. La creencia de que los romanos son "de la misma familia" se apoya en parte en los nombres en uso continuo: Claudia, César, Julio, Horacio; Vetus, en cambio, ya no se utiliza como nombre, y ni se puede reconocer hoy como parte de nuestro repertorio cultural.

En su libertad para disfrutar de los nombres exóticos y sus resonancias, Glantz no omite las tradiciones de España y el Nuevo Mundo. Enfoca, en particular, las excentricidades que florecieron dentro, o en las márgenes, del catolicismo. A pesar del continuo esfuerzo por hacer del catolicismo una fuerza centrípeta, uniformadora, Glantz admira de esta tradición las extravagancias imaginativas a que ha dado lugar, sobre todo en sus extensiones aisladas (la Colonia, lejos de Roma: retiros

de ermitaños) y al entrar en contacto con las civilizaciones indígenas. El vigor inventivo que se produce lejos de la autoridad central eclesiástica se patentiza en las prácticas en torno a los nombres.

En reconocimiento de los nombres que florecieron bajo el estímulo o al amparo del catolicismo, Glantz incluye listas parciales de los nombres de las órdenes de monjas, de santos, y de individuos de reconocida piedad (ver, p. ej., pp. 46-47), algunos de ellos marcadamente imaginativos. El siglo XVII interesa, no sólo por ser el período del barroco, sino también por la desbordante fantasía con que los colonos percibieron y nombraron su Nuevo Mundo. Los nombres curiosos de las habitantes de conventos “para hijas y nietas de conquistadores pobres”, algunas encargadas de los locos dejados por el proceso colonizador, tienen una fascinación especial (p. 47). Otra muestra del vigor excéntrico del Nuevo Mundo y su apartamiento de los centros reguladores es el episodio del prostíbulo que se transformó en convento, y sus pupilas en monjas, mediante un cambio de todos los nombres, en el México de 1667.

Estos ejemplos, y otros parecidos, constituyen un recordatorio del concepto de un *barroco americano*. La Colonia, esporádica y remotamente regida, aumenta el barroco en su generación de nuevas formas culturales, algunas extravagantes hasta dar la impresión de un delirio colectivo. Y, en las prácticas eclesiásticas del XVII en el nuevo mundo, barroco y excentricidad colonial dan un mismo ímpetu a las extensiones extremas del nombramiento. Al lector conviene apreciar el exotismo legítimo de la cultura americana.

Al tratar el tema, Glantz mantiene su posición esencialmente racionalista. En ningún momento accede a la noción, tan poderosa entre sus creyentes, de que el nombre de Dios (o, por extensión, de otros seres divinos) puede ser invocado, desacrado, enaltecido o pervertido, con consecuencias desastrosas o milagrosas. En cambio, las conductas que se originan en tales suposiciones no son desdeñables, sino capaces de despertar la admiración aún entre los escépticos.

En uno de los muy pocos pronunciamientos directos que emite Glantz en su libro, afirma la importancia de los nombres como indicios del vigor cultural: “Una sociedad incapaz de asimilar las cosas nuevas es una sociedad muerta. La muerte de los nombres es la muerte de una civilización” (p. 60). Efectivamente, la creación de nuevos nombres para expresar las vivencias del grupo social, el cambio lingüístico que sufre un nombre como reflejo de una nueva circunstancia social, y la pérdida de nombres una vez corrientes son cuestiones que considera de sumo interés para la comprensión de la evolución de las comunidades.

Según el concepto expuesto en *No Pronunciarás*, el peor caso posible es el empobrecimiento del repertorio de nombres como resultado de un apagamiento de la imaginación colectiva. Un ejemplo evidente lo ofrece la depuración del léxico

francés según un ideal casticista. A esta búsqueda de una pureza antihumana Glantz le acecha la monotonía del reducido inventario de nombres que repiten los franceses (pp. 59-60). Un resultado parecido lo puede dar la cultura masiva con su imposición de preferencias y efecto nivelizador. Glantz asocia las "altas arquitecturas vidriadas" (p. 66) y la anonimidad de sus habitantes con la disminución de las formas de que un individuo puede llamarse.

La adopción, por parte de la nueva esposa, del apellido del marido es objetable por consideraciones de autonomía individual, y Glantz incluye tales argumentos en su libro (p. 96, p. 32). Una objeción más novedosa es que el reemplazo sistemático de dos apellidos por uno inevitablemente elimina algunos apellidos. Glantz propone: "Para impedir la muerte definitiva de los nombres ... cada quién debe poder optar, al cumplir los 18 años ... por el nombre que le venga en gana ... es importante que los hijos utilicen de manera indiferente el nombre del padre o de la madre" (p. 76). Esta enmienda al código civil, que parece caprichosa por sus pocas posibilidades de ponerse en vigencia, sin embargo sirve como recordatorio de la curiosa circunstancia de que el jefe de la familia dé su apellido para marcar como suyas a su esposa y prole.

Como enemiga del casticismo, Glantz se ve obligada a aceptar la necesidad del cambio lingüístico espontáneo. Pero, como aficionada a los nombres raros y exóticos, tiene el derecho a lamentar la suplantación de una forma más curiosa y antigua por otra más moderna. Por ejemplo, nota con melancolía que el nombre Balbec, que pasa inadvertido como nombre provinciano francés, podría haber tomado una forma más distintiva y oriental; "También es un nombre de estilo persa: Balbec el viejo, Balbec del mar, Bagdad Vizir, Boagmir ..." (p. 24). Parecido es el destino de Beer-Sheba, que con la modernización se transforma en el insípido Berseba, y el Reino de Guerar. Al mismo tiempo que el reino disminuye en importancia hasta terminar siendo una mera subregión, un obispo le confiere la forma diminutiva de Gerarítica (p. 43). El arcángel Samael también ha perdido su exotismo oriental: "probablemente su nombre sea una deformación de Sheml, divinidad siria" (p. 65), con lo cual se sugiere que la transformación del nombre corresponde al intento de negar y de disfrazar los elementos del politeísmo que sobreviven en el judaísmo.

En otros casos, cuando el idioma refleja fielmente cambios sociales saludables para la comunidad, el resultado es, sin embargo, la pérdida de algunos nombres. Según el esquema que ha elaborado, Glantz no puede objetar tales cambios, pero sí nombrarlos con nostalgia: "Si Juárez no hubiera muerto no se hubiera perdido la costumbre de utilizar todos los nombres del calendario para recordar a los mártires cristianos" (p. 58). Las revoluciones por las que ha pasado México habrán eliminado ciertos nombres, pero no han empobrecido el repertorio de nombres,

porque agregaron otras posibilidades: "Venustiano, Modesto, Rudimiro, Emiliano, Maximino, Jacinto, Lázaro, Cándido, Guadalupe, Margarito y hasta Venancio si le creemos a Marfano Azuela" (p. 58). Dentro de esta misma corriente, la pérdida del nombre convencionalmente colonial de Valladolid y su reemplazo por Morelia, nombre que recuerda la experiencia vivida por el pueblo mexicano, es un cambio completamente positivo (p. 85).

El libro celebra algunos casos en que un nombre difícil de asimilar, irreduciblemente extraño en su ambiente actual, logra sin embargo mantenerse en vigencia. Un ejemplo es una aparente disgresión sobre las características del río Zumro, ubicado en el estado de Massachusetts. Se puede inferir que a lo que se rinde homenaje es a la persistencia de la nomenclatura indígena a pesar de los largos siglos de aculturación europea que lleva la región.

En general, *No pronunciarás* pone de manifiesto el valor de los nombres indígenas que sobreviven a los procesos de colonización y de modernización. Sin embargo, en ningún momento cae en un casticismo de lo indígena, en una preferencia dogmática por cualquier nombre aborigen sobre cualquier otro traído por los poderes colonizadores. Al enunciar el juicio de que los mejores nombres son los que encierran lo que el grupo ha experimentado, Glantz ya descarta la noción de reconstruir, como por métodos arqueológicos, un simulacro del Nuevo Mundo precolonial. En cambio, trae a luz ejemplos de nombres curiosos y elocuentes que reflejan ambas tradiciones culturales, sin dar prioridad a la indígena o a la transplantada.

Dada esta posición, no sorprende la atención especial que reciben los nombres mexicanos que dan testimonio simultáneo de los dos pasados. Tales nombres híbridos comunican no sólo la presencia irreducible de lo indígena, sino también la actitud aprensiva del español o criollo ante esta presencia que le llevó a suavizar el impacto del nombre nativo poniéndole agregados europeizantes: "Santa María Malinalco, Ixtapan de la Sal, Cuaunahac-Cuernavaca, Huejotzingo, Santa Rita Tlahuapan" (p. 85), reza una lista inestablemente bicultural. Por su capacidad de reflejar fielmente los conflictos y vacilaciones de su sociedad, tales nombres se acercan al ideal del nombramiento que propone *No pronunciarás*.

Es notable la distancia conceptual que hay entre *No pronunciarás*, con su aprobación de la proliferación de nuevos nombres aún para las cosas ya nombradas, y los muchos textos y narrativas orales que lamentan la pérdida de una supuesta expresión unívoca que en algún momento existió. Esta nostalgia, que en Occidente se asocia estrechamente con la narrativa de Babel, tiene extensiones no sólo en diversos sistemas míticos y creencias populares (tales nociones folclóricas son sintetizadas en "Fábula", poema de Octavio Paz que se ofrece como un mito

transcultural)⁷ sino también en los varios intentos de combatir el crecimiento de la sinonimia y de las formas léxicas variantes. La insistencia con que *No pronunciarás* señala la ilación entre la variedad léxica, tanto en las variantes como los sinónimos, y la historia social del grupo lingüístico, sirven para rebatir esta creencia en la perfección de un sistema unitario, sin duplicaciones y posibilidades de elegir entre los *items* del léxico. El libro es un recordatorio de que un idioma en que hubiera un sólo nombre posible para todo ente aludido, nombre no híbrido y no susceptible al cambio, no sería una forma de expresión humana, sino un idioma artificial.

Para hacer un balance crítico de *No pronunciarás*, según la lectura que se ha ido elaborando, hay que admitir de plano que el texto constituye un libro íntegro y aún un tratado que llega en forma fragmentaria. Contiene un análisis coherente de qué significa el acto del nombramiento para la comunidad nombradora. Además del análisis, expone algunas recomendaciones para lograr una actitud más sana y gozosa ante el fenómeno del nombramiento.

En efecto, Glantz busca la manera de promover un deleite sensual, emocional y cognitivo en la variedad y complejidad de los nombres y los sistemas de nombramiento. Los tabúes y temores que rodean el nombramiento son de un interés espectacular, pero el libro aboga por una actitud menos cohibida y aprensiva que permita una exploración más amplia de las posibilidades que ofrece el nombramiento. Lamenta la pérdida de los nombres que caen en desuso por temor a lo estrafalario, lo provinciano, lo exótico, lo pagano o, simplemente, lo diferente. El casticismo que limita los nombres, como la cultura masiva que los homogeniza, son condenados como tabúes onomásticos de la actualidad que amenazan la expresión, a través de los nombres, de lo que ha vivido una cultura.

La única área en que esta des-inhibición podría cuestionarse es la recomendación de que se goce plenamente del exotismo de los nombres orientales. Es posible ver esta noción como un contrarremedio contra el puritanismo actual que insiste en una visión sobriamente política del Medio Oriente. Por otra parte, dada la persistente incomprensión del Medio Oriente por parte de Occidente, hay

⁷ Octavio Paz, "Fábula", de su *Semillas para un himno* (1955), reproducido en *Poemas* (1935-1975) (Barcelona: Seix Barral, 1979), p. 134:

Sólo había una palabra inmensa y sin revés

Palabra como un sol

Un día se rompió en fragmentos diminutos

Son las palabras del lenguaje que hablamos

Fragmentos que nunca servirán

Espejos rotos donde el mundo se mira destrozado.

que preguntarse si es el momento más propicio para un refloramiento de la fantasía flaubertiana de un Oriente exótico, ajeno y sensual.

La evaluación del libro debe tener en cuenta que *No pronunciarás* no sólo se destaca por su visión de las actitudes y creencias en torno al nombramiento, sino también por su demostración de la capacidad de *decir* de un texto fragmentado. Aunque el texto se podría describir fácilmente como “autorreferido” o “desconstruido”, lo que interesa más es que su formato no disminuye su elocuencia. Presenta, a través de sus segmentos dispersos, un comentario que es sintético y, al fin, racionalista.